# MIGUEL HERNÁNDEZ, AUGUSTO PESCADOR Y ALFREDO SERNA, CON JUAN BELLOD AL FONDO

Por
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ BALAGUER
Fundación Cultural Miguel Hernández

La crítica especializada se ha detenido en no pocas ocasiones en personas que tuvieron algún tipo de relación con Miguel Hernández, sea familiar, de amistad, literaria, etc. Desde las primeras biografías publicadas, de Juan Guerrero Zamora y Concha Zardoya, hasta las más recientes, de José Luis Ferris y Eutimio Martín, pasando por Vicente Ramos, Francisco Martínez Marín, Manuel Muñoz Hidalgo, María de Gracia Ifach o Agustín Sánchez Vidal, todos ellos han destacado la huella, en distinto grado e intensidad, de nombres que hoy van irremediablemente unidos al ya universal poeta oriolano, y sin los cuales la figura de éste se nos quedaría bastante desdibujada e incompleta. En el imaginario colectivo tenemos todavía fijado el extraordinario dibujo que Antonio Buero Vallejo realizó a su compañero de infortunios carcelarios, y en el que se refleja la intensidad de la mirada de Miguel Hernández y, por parte del dramaturgo alcarreño, la amistad compartida en horas de obligado y penoso aburrimiento.

Para alguien como Miguel Hernández, un ser especialmente sociable que entendía la poesía como un proceso eminentemente comunicativo al igual que su amigo Vicente Aleixandre a partir de *Historia del corazón* (1954), era fundamental compartir experiencias vitales y literarias, hallazgos y lecturas poéticas, proyectos, alegrías y tristezas con quienes lo acompañaron desde 1930 en su carrera.

Las primeras amistades de nuestro autor, forjadas con la esperanza, la ilusión y los titubeos propios de quien todavía no domina el lenguaje ni tiene los instrumentos necesarios para ello, fueron determinantes a la hora de obtener un mínimo bagaje intelectual que propiciaría la suficiente seguridad en sí mismo como para publicar el primer poema. Tampoco podemos olvidar, precisamente, que «Pastoril», la primera composición hernandiana en letra de molde, fue la segunda parte de una sagaz estratagema de Miguel Hernández y su amigo Carlos Fenoll para que el primero franqueara las puertas del semanario oriolano de tendencia católica *El Pueblo de Orihuela* el 13 de enero de 1930.

Y en estas amistades oriolanas que comparten un mismo espacio vital, social, cultural e incluso económico, tienen cabida personas con variada ideología política y una misma visión de la literatura como elemento aglutinador de proyectos personales incluso contrapuestos. En este sentido, a partir de los años setenta, cuando los estudiosos hernandianos amplían su perspectiva focalizadora y se advierte un mayor interés en los medios informativos españoles, al socaire de los nuevos tiempos políticos dominantes, se recuperan del olvido valiosos testimonios de coetáneos de Miguel Hernández que ofrecen nuevos enfoques de éste. Por nuestra parte, queremos centrarnos en las figuras de Augusto Pescador, Alfredo Serna y Juan Bellod, paisanos del ya centenario poeta y objeto de nuestra intervención, que padecieron, como el propio Miguel Hernández y otros muchos

españoles, los rigores de los vencedores, el silencio autoimpuesto o el exilio, sea exterior, en el caso de Pescador, interior, como ocurre en Serna, o cierto apartamiento voluntario de la situación como es el caso de Bellod.

No tiene, pues, esta ponencia más propósito que poner en valor la estrecha relación que tres personas singulares mantuvieron con el Hernández de la primera época y jamás lo olvidaron, pese a los avatares vividos por cada uno de ellos.

**Augusto, «un pescador de amigos»**

Augusto Pescador (Orihuela, 19 de noviembre de 1910-Concepción, Chile, 11 de marzo de 1987) es, sin duda, uno de los intelectuales oriolanos con mayor proyección internacional de todos los tiempos. Pero, paradójicamente, también es una de las personalidades menos conocidas en la tierra que le vio nacer.

Nuestro personaje estudia en el Colegio de Santo Domingo de su ciudad y posteriormente en Murcia; obtiene el título de Derecho en Madrid, cuando contaba 19 años, y se licencia en Filosofía por la Universidad de Zaragoza en 1935, para trasladarse seguidamente a Berlín, donde tiene como maestro a Nicolai Hartmann en su tesis *El voluntariado en Juan Duns Escoto*. Colaboró en el número especial de la revista *Acción*[1], dedicado a la muerte de Ramón Sijé. Tras la Guerra Civil se ve obligado a exiliarse y llega a Bolivia el 12 de julio de 1939, en donde permanece hasta 1954, en que, a causa de la revolución universitaria, abandona la Universidad para trasladarse a la ciudad chilena de Valdivia, en donde organiza la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral, siendo primer Decano y Director de Extensión Cultural, ejerciendo las cátedras de Lógica, Epistemología, Ontología y Filosofía de las Ciencias. Por la labor cultural que desarrolla en la ciudad de Valdivia, recibe el premio Los Amigos del Arte, otorgado por primera vez en 1958. En el año 1964 ganó el concurso para una cátedra en la Universidad de Concepción, donde fue nombrado Director del Instituto Central de Filosofía y se ocupó también de las disciplinas de Ética y Metafísica. En esta misma Universidad desempeñó el cargo de Director del Instituto de Epistemología y Filosofía de la Ciencia. Asimismo, era miembro de las Sociedades Filosóficas de Chile, Perú, Bolivia, Argentina y Venezuela.

Posee Pescador una impresionante biografía que tenemos la satisfacción de resumir en la versión que nos ha facilitado su hija Monserrate.

En 1941 contrae matrimonio con doña Cristina Prudencio, con quien tuvo tres hijos: Augusto, Monserrate y Javier.

Fue cofundador de la Facultad de Filosofía y Letras en 1944, de la cual fue su primer Decano, cargo para el que fue reelegido tres veces, ejerciendo estas funciones en dicha Facultad durante nueve años. En ese periodo publica su *Lógica*, libro que fue editado seis veces, con más de treinta mil ejemplares vendidos, escrito con la intención de servir de texto para los estudiantes de Bachillerato en Bolivia, destinado a los estudiantes de secundaria que, por primera vez, se ponen en contacto con los problemas de la Filosofía, iniciando a los alumnos en los problemas de la Lógica y la Teoría del Conocimiento.

Ejerce la docencia universitaria en la ciudad de La Paz, desde 1939 hasta 1954, dictando las cátedras de Introducción a la Filosofía, Lógica, Ética, Epistemología y Filosofía griega.

Augusto Pescador despierta en Bolivia la inquietud por la filosofía y las letras, formando discípulos como Mario Mirada Pacheco, Benjamín Miguel, Armando Soriano, Huáscar Cajías, Max Solares Durán, Rubén Carrasco y muchos otros más.

En 1962, la Facultad de Filosofía y Letras le confiere el título de Doctor Honoris Causa, en homenaje y reconocimiento a su invalorable labor de profesor y fundador de la Facultad.

En la Universidad de Valdivia permanece hasta 1962, año en que se traslada a la ciudad de Santiago, donde ejerce como profesor de Filosofía y Filosofía de las Ciencias en la Universidad Técnica del Estado.

Posteriormente, fue profesor de la Universidad de Concepción, donde dicta las cátedras de Lógica, Filosofía Contemporánea, Ética, Metafísica, Epistemología, Filosofía griega y Filosofía de las Ciencias. Desde 1965 hasta 1968 fue Director del Instituto de Filosofía y nombrado Profesor Emérito de dicha Universidad por «la dilatada trayectoria como docente e investigador en el campo de la Lógica y de la Epistemología». A raíz de la publicación de su libro *Las cuatro figuras de Galeno*, le fue conferido el Premio Municipal de Ciencias en 1983.

Aparte de la docencia universitaria, Augusto Pescador dictó cursos y conferencias en más de 38 universidades en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos, asistiendo a numerosos congresos internacionales, siendo miembro de siete Sociedades de Filosofía.

Augusto Pescador muere en la ciudad de Concepción, después de una larga enfermedad, el 11 de marzo de 1987, cuando había terminado la primera parte de sus memorias: *Tres años de guerra, treinta de exilio*.

Augusto Pescador deja una bibliografía importante, sobre la cual comenta Francisco Romero, conocido filósofo español radicado en Argentina:

> Dentro de la misma línea de ilustración y fomento de la conciencia filosófica se sitúa parte considerable de la obra escrita de Pescador, así su excelente tratado escolar de *Lógica*, notable por la precisión de las nociones y la eficacia didáctica, como los abundantes artículos y ensayos destinados a exponer y discutir para amplios círculos de interesados las cuestiones más candentes del pensamiento de la hora. El profesor Pescador revela en ellos tanto su versación como su capacidad de reflexión autónoma, atento siempre a lo más genuino y perdurable del pensamiento novísimo, y sin dejar arrastrar por lo que en él es moda callejera y alimento para imaginaciones desocupadas [...] Pescador conoce y frecuenta por igual la filosofía reciente de Francia, la de la lengua inglesa, la de los filósofos alemanes de la última etapa. Acaso entre estos sienta afición especial por Nicolai Hartmann, en una predilección que ayuda a definir la calidad y condiciones de su propia personalidad.

Dentro de su prolífica labor filosófica escribió ocho libros y más de un centenar de ensayos publicados en Bolivia, Chile, Argentina y Estados Unidos. Entre sus ensayos se destacan: «La importancia de lo inútil en el mundo de la técnica», «La filosofía y la estética de Leonardo», «La inutilidad del arte», «El modo del ser del valor», «La filosofía en Bolivia en el siglo XX», «Galileo y los orígenes del pensamiento epistemológico», «Lógica y Lenguaje», «El problema de la modalidad y los fundamentos ónticos de la lógica», «Categorías e implicaciones modales», y la «Lógica de Andrés Bello», ensayos publicados en la revista *Kollasuyo*, en La Paz (Bolivia), *Atenea* y *Cuadernos de Filosofía*, en Concepción (Chile).

*Ontología* fue su segunda obra, publicada en Buenos Aires por la Editorial Losada, en 1966, que supone una introducción a la filosofía seria, honda y al mismo tiempo sencilla y clara.

Pero ello no es más que una síntesis porque su obra filosófica resulta ciertamente impresionante, como hemos adelantado: ocho libros, unos cien ensayos con más de dos mil páginas, así como una amplísima actividad docente en Bolivia, Chile, Argentina y Estados Unidos, un millar de conferencias en toda América, la puesta en marcha de la revista especializada *Kollasuyo*..., le avalan como figura en el ámbito del pensamiento y creador de una escuela propia en el estudio de los problemas del ser, cuya influencia entre los especialistas hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo XX es indudable.

No menos importante fue la tarea de Pescador como columnista en el diario boliviano *La Razón* de La Paz (Bolivia) y, sobre todo, en *El Sur* de Concepción (Chile), donde mantenía desde principios de 1980 —hasta 1986— una sección fija que alcanzó más de doscientos artículos (comentarios de actualidad, en tono humorístico), así como en otras publicaciones de América —algunas en inglés—, entre ellas una titulada «Congreso de charlatanes», dedicada al concurso que se realizó en Orihuela el día de San Antón de 1981. Este artículo, publicado en el diario boliviano *La Tercera*[2] , le sirvió para evocar sus años mozos en Orihuela y los recuerdos de la antigua romería de San Antón:

> La Iglesia de San Antón está fuera de los muros de la ciudad y junto a un bosque de palmeras, seguramente el más grande de Europa, después del de Elche. Delante de la iglesia hay una explanada en la que se instalan ese día comerciantes ambulantes, que venden los dulces típicos y figuras de algunos santos, que sirven de amuleto contra ciertas enfermedades, como San Blas, que puesto en el cuello, con una cinta, evita los ahogos, o sea, las enfermedades de la laringe y la faringe [...] Cuando vivía en Orihuela no había congresos de charlatanes, pero había varios de estos oradores callejeros. Conocí a uno[3] que vivía en la calle de Arriba (hoy Miguel Hernández), que me pedía le enseñara palabras que sonaran bien. Las palabras «completamente» y «trascendental» le impresionaron y las usaba vinieran o no a cuento. Un ejemplo imitando la «Oratoria de fin de siglo»: «Este ungüento maravilloso completamente, sacado de la ballena azul del mar de los Pirineos, mezclada con sangre del cocodrilo sagrado trascendental de los Alpes. En mis grandes viajes he tenido ocasión de curar al Rey de los Estados Unidos, etc.». El público que escuchaba era ignorante, pero también había intelectuales que se divertían con los disparates y el ingenio de aquellos hombres. Había dos clases de charlatanes: los que vendían polvos de la madre Celestina y panaceas que curaban todas las enfermedades, y los que narraban crímenes espeluznantes, en especial el crimen de Cuenca.

Tampoco podemos obviar su emocionante actuación humanitaria cuando el terremoto y las terribles inundaciones que asolaron la localidad chilena de Valdivia en 1960, donde Pescador organizó los socorros a la ciudad y una suscripción a escala nacional que superó los quince millones de escudos de recaudación. Actuó el filósofo como cronista radiofónico y el relato diario que Pescador hacía a través de las ondas servía para mantener el ánimo a la desesperada población y su campaña movió las voluntades de muchos benefactores que contribuyeron a la reparación material del desastre causado en la zona. De todo ello se hizo eco la revista *Ziz-Zag* en un artículo de Fernando Santivan, Premio Nacional de Literatura de Chile en 1952:

> [Augusto] tan pronto se ocupa de los difíciles problemas de la filosofía como de las pláticas amables que tiene con los obreros portuarios y pescadores, en verdad, es

> un pescador de amigos. Y, de la misma manera, ya se lo ve con la gravedad en una disertación filosófica, como ocupándose del arte culinario y en el oficio de barbero, ocupaciones en las cuales no encuentra competidor. He aquí la figura del maestro, sencillez y modestia; pedantería, presunción y egolatría son «cualidades» que no pertenecen ni entran en el perfil del maestro y filosofo[4].

Pero, con ser realmente intensa y brillante la actividad académica y publicística que le otorgó el máximo reconocimiento entre sus colegas españoles y extranjeros, lo que en este momento nos interesa es detenernos en sus años previos a los del obligado exilio, es decir, los de su vida en Orihuela, su militancia decidida y la labor desarrollada durante la República y Guerra Civil en los diferentes, numerosos y destacados puestos que desempeñó —más de una docena—, así como la decisión de ingresar en la masonería. Las memorias inéditas que próximamente editará la Fundación Cultural Miguel Hernández -y de las que en primicia deseamos ofrecerles un avance- ponen de relieve la enorme personalidad de un oriolano que nunca olvidó a la ciudad donde vio la luz por primera vez, hasta el punto de haber intentado su definitivo regreso en un par de ocasiones.

Se trata de las memorias, completamente desapasionadas y alejadas de todo sectarismo, de un intelectual riguroso y cabal que fue testigo privilegiado del conflicto y posterior tragedia que vivió el pueblo español entre 1931 y 1936. Un testigo excepcional que llega a restar importancia a las funciones que desempeñó en cada momento y lugar, pese a que los propios hechos que relata terminan demostrando todo lo contrario. Por no referirnos a la escasa consideración que concede —«fueron sus memorias, no las mías», llega a escribir en algún momento— a su relación con Miguel Hernández, cuando documentalmente está probada la estrecha amistad que mantuvieron y sobre la que dejaremos seguidamente amplia constancia.

En —éstas, sí— sus memorias, comienza Pescador recordando el momento del alzamiento militar contra el Gobierno de la República —tenía el veinticinco años—, el 18 de julio de 1936, y su repercusión en Orihuela, inmersa en los festejos programados para conmemorar la Reconquista (el popular «Día del Pájaro»). Entiende el autor, desde su militancia socialista, que no podía permanecer ajeno a lo que ocurría y se desplaza hasta Orihuela, desde la finca familiar próxima a San Miguel de Salinas, donde se encontraba enfrascado en los estudios sobre Escoto y Hartman. Se dirige directamente al Ayuntamiento oriolano y, en el despacho de la Alcaldía, se encuentra con un pelotón de hombres que llevaban pistola al cinto y le colocan ante la cruda realidad: «Frente a aquellos hombres vestidos de mono y con sus pistolas al cinto, yo, con mi chaquetilla de tela color crema y sin ninguna arma, me sentía desnudo, sobre todo desnudo de autoridad y no repliqué nada». Se refiere inmediatamente después al tremendo impacto causado por el primer «paseo» realizado en Orihuela, tres o cuatro días después de la rebelión militar encabezada por Franco. Y cuenta más adelante su inesperada elección por los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Tierra (UGT) como uno de sus representantes en el Comité Local del Frente Popular Antifascista. Y realiza una clarividente reflexión posibilista al respecto:

> ...entré a formar parte de un Comité que, o bien podía organizar una pequeña parte del territorio de la República española, imponiendo su autoridad y con ella la ley y el mantenimiento de la disciplina de la población para producir y cooperar a ganar la guerra, o bien podía ayudar a organizar la indisciplina, como era el lema de alguna organización sindical.

Para terminar —en un desgarro interior— cuestionándose la situación:

> Pero, ¿qué circunstancias me habían llevado a una posición en la que no sólo mi futuro, sino mi propia vida estaban en juego y que, por otra parte, podía ser dueño y señor de vidas y haciendas en un pueblo que, por ser el mío, era muy importante?

Precisamente, sobre el enfrentamiento entre las dos Españas, ofrece Pescador su visión al respecto cuando, a través del oriolano Joaquín Ortiz —que se encontraba en Valladolid como funcionario del Catastro—, tuvo conocimiento sobre la experiencia de éste en la zona franquista:

> Gran parte de lo que me contó se conoce actualmente, por ejemplo, el espectáculo que fue para mucha gente los fusilamientos en Valladolid y la nota que sobre esto publicó el Gobernador; lo narra Thomas en su *Historia de la Guerra Civil*. Me impresionó mucho el relato de las ejecuciones de prisioneros del ejército republicano hechos en el frente. Yo había visto cadáveres de hombres recién ejecutados, pero nunca presencié una ejecución. Durante bastante tiempo estuvo repercutiendo en mí lo que viví y lo que me contó Joaquín Ortiz. Sentí en mí la tragedia de España y pensé que eran muchos los españoles que sentían las incomodidades y las penas que les ocasionaba la guerra, pero pocos sentían la tragedia de su propio pueblo y el absurdo de que sucediese algo tan terrible, más teniendo la propia impotencia para remediarlo.

En el segundo capítulo, Augusto Pescador efectúa una mirada retrospectiva en la que empieza reconociendo que por familia, por educación y por el ambiente social que le rodeaba «estaba destinado a ser uno de los típicos "señoritos" oriolanos, con profesión», muy alejado de los partidos o grupos obreros, para luego pasar detenidamente a los recuerdos como alumno del Colegio de Santo Domingo, regentado por la Compañía de Jesús. De esa época, cuando tenía once o doce años, provenía su amistad con Miguel Hernández, «que también era monaguillo y pertenecía a los externos» del Colegio:

> En una fotografía que se publicó en la revista del Colegio el año 1923 y que bajo tiene una inscripción: «Emperadores, príncipes y dignidades del año 1923», aparecemos sentados juntos Miguel y yo. Creo que ambos éramos príncipes en religión, él en su curso y yo en el mío, además de dignidades en otras asignaturas.

En medio de la máxima euforia republicana (mayo de 1931) proliferaron las candidaturas a diputados y él seguía de cerca los acontecimientos:

> En una de aquellas candidaturas, la de los federales, se presentaba Azorín. Con Miguel Hernández y Ramón Sijé fui a Alicante para escuchar al gran escritor en el acto de la proclamación de candidatos. Como orador y como político fue para mí una gran decepción el escucharlo. Era muy mal orador y quiso ser poético, pero estuvo desconcertado. Sacó muy pocos votos y no resultó electo. Otro recuerdo de aquel año 31 es el de la formación de la Juventud Socialista. Estuve entre los organizadores y a la reunión fue Miguel Hernández, quien fue elegido presidente a propuesta mía. Éste no se ocupó de nada, pues poco después se marchó a Madrid para abrirse campo con su poesía y tener su primera decepción[5].

Alude en otro momento a la repercusión en la ciudad de la huelga obrera que acompañó a la sublevación de los capitanes Galán y García Hernández en Jaca, para situarlo como el momento que le ayudó a tomar partido, solicitando su ingreso en la Agrupación Socialista de Orihuela Tras relatar los acontecimientos vividos con motivo de las elecciones y la proclamación de la República, se refiere Pescador a la constitución, en

agosto de 1931, de la Juventud Socialista de Orihuela, como hemos adelantado —con el nombramiento de Hernández como efímero presidente, a propuesta suya—, así como a su marcha, en enero de 1932, para cumplir el servicio militar en Madrid. Cuenta las guardias realizadas en Palacio, en la Casa de Campo y en la Cárcel Modelo, y recuerda la referencia a ello que hace Miguel Hernández en carta a Ramón Sijé: «Si vieras a César Augusto de militar te asustabas». También se refiere a sus lecturas filosóficas —decisivas para dedicarse a esta materia— y a las conferencias y tertulias a las que acudía. Implicado en los círculos culturales oriolanos más inquietos de la época, Pescador forma parte del comité ejecutivo del homenaje a Gabriel Miró[6] , integrado por José María Olmedo, José María Pina Brotóns, José María Ballesteros, Miguel Hernández y Ramón Sijé.

Al ser nombrado por la Agrupación Socialista de Orihuela como representante en el Congreso del PSOE nacional celebrado en Madrid, en octubre de 1932, Pescador intensifica su actividad política. Designado también, junto con Antonio Cubí, delegado de los socialistas oriolanos en la asamblea celebrada a finales de 1933 por la Federación Provincial, tuvo una destacada intervención en la misma. Y, en febrero de 1934, animado por un buen amigo, ingresa en la masonería, en la logia de Murcia, donde se encuentra con varios conocidos. Más tarde pasaría a integrarse en la Logia Centro del Gran Oriente Español y esta adscripción le serviría de ayuda al cruzar la frontera camino del exilio, así como en tierras americanas, donde recibió un homenaje de los masones bolivianos con motivo de sus cincuenta años de pertenencia a dicha organización.

El Ayuntamiento oriolano organizó, el martes 14 de abril de 1936, una manifestación para descubrir los rótulos de varias calles cuyos nombres habían sido sustituidos. La Plaza de la Pía fue rotulada como Ramón Sijé (Miguel Hernández fue el encargado de pronunciar unas palabras de homenaje a su «compañero del alma»); y la de Santiago como Tomás Meabe, ocupándose Pescador —después de ciertas renuencias por unos malentendidos anteriores con las Juventudes Socialistas— de explicar la figura del escritor y político vasco, fundador precisamente de las Juventudes del PSOE.

Avanzado el año 1936, Pescador asiste en el Casino Orcelitano, que ya se llamaba Ateneo, a una reunión para distribuir puestos y funciones: él se incorporaría a las comisiones de Orden Público y Agricultura del Frente Popular, presidido por Isidoro Sánchez, además de delegado en la Federación de Sindicatos Católicos. Su trayectoria política activa adquiere mayor significación. Nos habla de su participación como orador en los actos socialistas y recuerda el celebrado en la Casa del Pueblo, poco después de constituirse el Comité del Frente Popular Antifascista, respecto al que realiza una sincera reflexión:

> No se trataba de un discurso de propaganda, pues no estábamos ante un acto electoral, no teníamos que pedir el voto, teníamos algo más difícil que dar, pues lo que íbamos a pedir era cordura y disciplina, que se terminara la algarada revolucionaria de aquellos meses y que los esfuerzos se orientaran a ayudar a ganar la guerra. Ahora me doy cuenta que nunca he pronunciado un discurso electoral y que las veces que hablé en público durante la guerra fueron para pedir paz en los pueblos y respeto a la vida o para exponer que teníamos la razón e infundir esperanzas en una victoria en la que no creía.

Derivado de su condición de miembro de la comisión de Agricultura, debía realizar frecuentes viajes a Cartagena, para adquirir abonos; Alicante —por problemas de expropiaciones—; y también a Valencia, Barcelona y Madrid. En octubre de 1936, en su calidad de miembro de los correspondientes comités de control, Pescador tiene que

ocuparse de los problemas surgidos con la exportación de la naranja y el pimentón en la comarca. Asimismo, es nombrado representante de la provincia de Alicante en el Comité Levantino de Exportación de Agrios, con sede en Valencia. Considerado como uno de los ideólogos del PSOE local, llegó a tener hasta trece cargos de tipo regional, provincial o local («el único puesto con nombramiento del Gobierno —afirma— fue el de secretario del Instituto, del que no me ocupé»). Así las cosas, cuando se planteó la necesidad de ver quién se encargaba en el extranjero de la colocación de la naranja, teniendo en cuenta sus conocimientos de idiomas y la labor realizada en la comisión de Agricultura, le nombraron inspector representante de Orihuela para asuntos de exportación en los países escandinavos, además de Francia, Inglaterra y Polonia.

Regresa a Orihuela a mediados de julio de 1937, informa de sus gestiones europeas a la comisión de Agricultura y se presenta inmediatamente en la Caja de Reclutamiento de Alicante para que le asignen destino en el Ejército Republicano. Tras pasar por el Grupo de Instrucción de Transmisiones, con sede en Albacete, a finales de noviembre del mismo año el Grupo es trasladado a Villarreal, a raíz de la instalación del Gobierno en Barcelona.

En el mes de febrero de 1938, Pescador pasa a estar a las órdenes de la Comisión Ejecutiva Nacional del PSOE y es trasladado a Barcelona con destino en la Compañía Colombófila Militar. Recibe el nombramiento como jefe de un destacamento que tenía en la Ciudad Condal —sede del Gobierno de la República— el control de los palomares civiles, con dos soldados a sus órdenes. Al poco, es destinado a la Oficina de Información y Propaganda del Comité Nacional del PSOE, que se encontraba en la Gran Vía Diagonal. Desde esta posición privilegiada vive muy de cerca los últimos meses del Gobierno republicano. Su nombramiento como agente del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) le permitió gozar de una amplia información sobre la evolución de la guerra, además de comprobar la división en el socialismo como consecuencia de los personalismos («caballerismo», «prietismo», «negrinismo»...) surgidos en el partido. Llegó a gozar de tal confianza de los mandos que le solicitaban nombres para su designación como comisarios en la zona catalana. Asistía a las reuniones de la 'Peña de Orihuela' en un café de la Plaza de Cataluña, al que acudían incluso algunos conocidos oriolanos de derechas, y se relaciona con altos cargos del PSOE y del Gobierno. Pero —reconoce sin ambages— «Mi único deseo era terminar la guerra con vida y con dignidad».

En la última etapa de su estancia en la Ciudad Condal, requerido por los mandos del SIM, se integra en la Comisión de la Sociedad de Naciones para la retirada de los combatientes extranjeros, donde ejerció un papel activo como «espía internacional», según se autocalifica. Resulta apasionante el relato de los últimos días en España, la salida por carretera desde Barcelona, el 26 de enero de 1939, vía Figueras y Port-Bou, camino de Francia; el paso por Burdeos (donde se enteró de la caída de Madrid en poder de las tropas de Franco); la estancia en el campo de refugiados junto a la playa de Argeles sur Mer, y las vicisitudes hasta llegar a Perpignan.

Tras múltiples gestiones infructuosas en busca de un destino, consigue que el oriolano José María Lucas Parra (Encargado de Negocios de la Embajada de España en Bolivia) le asegurara que podía conseguirle la entrada en aquel país. Sería Pablo Neruda (Embajador de Chile en París) quien autorizara a Pescador —en una visita personal que le había gestionado un dirigente del partido— el visado del pasaporte en tránsito para Bolivia.

A principios de junio de 1939 salió de Burdeos —hasta donde habían llegado dos mil refugiados españoles— el primer barco de refugiados españoles hacia México, fletado

por el SERE (Servicio Español de Refugiados). Pescador se ocupó de los trámites para el visado de todos ellos. «Por la tarde embarcamos [...]. Partimos y ya no volvería a pisar tierra europea hasta más de treinta años después. Al día siguiente, cuando pasábamos frente a la costa española, no pudimos divisar por última vez la tierra de nuestra patria», afirma, reviviendo la melancolía del momento.

Llama la atención la poca importancia que Augusto Pescador concede en sus memorias inéditas a la relación que mantuvo con Miguel Hernández:

> Miguel Hernández debía visitarme bastante, pero gran parte de lo que cuenta en su correspondencia está borrado de mi mente... Fueron sus aventuras, no las mías. Si la casualidad no hubiera hecho que, buscando en la biblioteca de la Universidad de Búffalo (Estados Unidos) algunas publicaciones de *Retablo Español*, encontrara el librito de Couffon *Orihuela et Miguel Hernández,* no hubiera recordado nada de su detención en Alcázar de San Juan, llevando como documento de identidad mi cédula personal. Lo que sí recuerdo es su entusiasmo cuando lo llevé a un recital de Berta Singerman.

Habrá, pues, que dejar aquí detalladamente descrito de cuanto sirve para ratificar la estrecha relación entre filósofo y poeta, hasta tal punto que, en sus momentos de mayor dificultad, especialmente para mantenerse en Madrid, Miguel Hernández recurre siempre a las ayudas que le proporcionan Augusto Pescador y otros amigos de Orihuela. Así, en carta de 11 de enero de 1932 a Ramón Sijé, afirma:

> ...Alfredo[7], para si pienso pedirle, se pasea todos los días... está entrampado... No le pediré...Tengo unos versos para Augusto, para Poveda y Fenoll; para ti, versos y ¡tantas cosas más!

En otra de 17 de marzo de 1932 le confiesa a Sijé: «He tenido que pedir a nuestros amigos Bellod y Pescador para el tranvía de algunos días». Y cinco días después, como veremos más detalladamente, vuelve a informarle: «Me he encaminado a la casa de Pescador para pedirle dinero. Ya me ha dejado bastante. Como no estaba, he tenido que volver andando a casa, que dista de la suya más de diez kilómetros». En la misma carta a Sijé, de 17 de marzo de 1932, informa el poeta que envía una máquina fotográfica para que se la entreguen a Alfredo Serna. Esta cámara se utilizó para hacer varias fotos a Miguel y a Augusto Pescador, con traje de militar.

Miguel Hernández estuvo viviendo durante cierto tiempo en el mismo domicilio madrileño de Augusto Pecador, Juan y Guillermo Bellod (calle de Altamirano, 23). Allí pide a Sijé que le envíe la correspondencia. En carta del 22 de enero de 1932, se confirma la estrecha vinculación de Miguel Hernández con el filósofo: «Me ha dicho Pescador que publicaste en *El Sol* algo». Para continuar contándole sus penas al amigo oriolano:

> Me sigue la mala suerte... Y yo debo aquí en la Academia[8] siete días de sustento... Y me hacen cara fea... ¿Qué me aconsejas, hermano? Los seis duros que me ha traído Pescador (estuve toda la tarde del jueves con él y tal vez lo busque yo mañana) se los tragó ya el bolsillo del señor Morante (¡Insaciable!)... ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿No podías tú ir al Ayuntamiento y ver al señor Alcalde y hacer que me envien quince o veinte duros? Cree que me avergüenza pedirte tanto [...] Ve el modo de sacarle a Oleza algo más.

En otra misiva a Sijé, del 22 de marzo de 1932, reconoce:

> ...Madrid es cruel [...] Acabo de llegar a casa perdido, con los pies destroza-

dos. Desde las dos de la tarde andando con estos zapatos, los únicos y rotos y llenos de agujeros, a la estación de Atocha a recoger dos cajas de naranjas que me han mandado mi madre y mi hermana para la señora Albornoz; con ellas al hombro me he encaminado hasta este sitio (si hubiese tenido al menos quince céntimos hubiese evitado la distancia desde la estación a la casa; la hubiese salvado en un tranvía..., pero no tenía ni esa miseria. Luego me he encaminado a la de Pescador para pedirle dinero. Ya me han dejado bastante. Como no estaba, he tenido que volver andando a casa, que dista de la suya más de diez kilómetros. Estoy casi desesperado porque no he podido recoger nada [...] Y si no sacas de donde sea algún dinero voy a tener que oír la voz destemplada de Morante.

Por su parte, Pescador escribe a Sijé:

> He estado dos veces con Miguel, las dos he tenido que ir a buscarlo no obstante haber quedado que vendría aquí, pero se cree que me molesta. A Miguel no le ha gustado Madrid y es lógico pues está en una casa en la que no está nunca solo y tampoco con la compañía que requiere su espíritu, además siempre sin una peseta y desorientado en toda clase de cuestiones intelectuales, no ha encontrado aún lo que le convenía o lo que esperaba y que existe en Madrid. Por tanto yo creo que si Miguel no recibe la pensión que le prometía Albornoz, en cuyo caso ya se podría instalar más confortablemente y mucho más adecuadamente para pensar escribir, etc., Miguel no podrá, aunque consiguiera pagar la casa, estar aquí mucho tiempo.
> Sé que has escrito un nuevo artículo en *El Sol*, no lo he leído [y] te agradecería me lo dejaras si es que no puedes regalármelo, pues aquí a pesar de haberlo buscado en varios quioscos no lo hemos encontrado.
> Ayer asistí en la Universidad a una interesantísima conferencia de Sanchís Banús sobre el tema «La política vista por un Psiquiatra» que fue interesantísima y de la que no te hago comentarios pues los podrás ver en *El Socialista* que llegue a Orihuela al mismo tiempo que esta carta. Espero me contestes[9].

También informa Pescador a Sijé[10] de las conferencias a las que ha asistido (de Unamuno, Bello, Fernando Valera («malísima»), Funes, Castrillo, de los Ríos, García Lorca...:

> A la de García Lorca le dije a Miguel que podría proporcionarle entrada, pero luego resultó que al que no fuese socio le costaba 3 pesetas y yo que no soy socio pude ir porque Bellod no fue [...] Por Miguel me he enterado de tus amores, no me interesa quién es, sino lo que es, y lo que sucederá, vas a aumentar tu sentimiento a costa de tu pensamiento, vas a ser mejor escritor pero peor pensador, y en nuestros tiempos de gran urbe impera el hombre cerebral.

Y, en una post-data a la misma carta confirma su preocupación por Miguel Hernández:

> Supongo que andarás en buenas relaciones con Escudero por lo de Miró. Si es así le hablas de la instancia a la Diputación de Miguel, y para ver si en los tres meses que tiene que servir Miguel lo destinaran a Madrid. Ver de qué manera se puede conseguir la manera de hacer lo posible para conseguirlo.

Como puede comprobarse, la relación de amistad de Miguel con sus paisanos en Madrid incluía una constante ayuda, hasta el punto de llevarlos —como hacía con Sijé y demás amigos de Orihuela— constantemente acosados:

> Son desesperantes estos días que pasan inútilmente. También aguardo dinero. He tenido que pedir a nuestros amigos Bellod y Pescador para el tranvía de algunos días [...]

> A mí me han dejado Pescador y Bellod un puñado de libros, de los que llevo leídos: *Una noche en el Luxemburgo*, de Gourmont; varios de Andreief; *Un corazón virginal*, también de Rémy; y el segundo tomo de *El espectador*, de Ortega y Gasset [...] No he podido oír a García Lorca[11].

Ramón Sijé es el destinatario de otra carta del poeta, de fecha 5 de mayo de 1932, donde le informa: «He estado verdaderamente enfermo y las noches del domingo y lunes las he pasado en casa, pero creo que para dentro de unos días, habrá desparecido la tos [...] Aún estando algo débil pude llegar a casa de Pescador».

El 14 de mayo de 1932, Miguel Hernández recibe las 41 pesetas que Sijé obtiene del abogado Martínez Arenas como ayuda para regresar a Orihuela. Sin embargo, el destino —una vez más, el triste sino hernandiano— le juega una mala pasada. Y el 17 de mayo de 1932, desde Alcázar de San Juan, le cuenta:

> ...el viernes por la tarde recibo lo que me mandaste; viene Vera a la Academia, y yo, alegre porque iba a partir, le digo: ¡Mañana me marcho a Orihuela! Y entonces él —¡maldición, mil veces!— me dice que tiene un billete de caridad; me lo da y yo lo tomo pensando en devolverte las pesetas sobrantes...(¡Ah! Se me olvidaba decirte que el billete iba a nombre de Alfredo Serna). Voy a casa de Pescador el sábado; le pido su cédula; y llega la noche y salgo de Madrid...y en seguida me detienen... Me dicen que soy un estafador; que suplanto la personalidad de otro; me escarban todos los bolsillos; me insultan y me avergüenzan cien veces, y cuando llega el tren a Alcázar de San Juan, me hacen descender del tren y entrar en la cárcel escoltado, no por dos imponentes guardias civiles, por dos ridículos serenos viejos y socarrones....

En otra misiva a Sijé, afirma Miguel Hernández:

> el lunes travé [*sic*] amistad con Paco... presentado por Pescador... se quedó con la... para publicarla [siguen los nombres de Poveda, Pescador, Alfredo Serna y Morante... y que no haya surtido efecto la proposición del Ayuntamiento de pensionarle].

Miguel Hernández dirige el 27 de enero de 1936 una carta a la familia Sijé donde, una vez más, aparece el nombre de Augusto Pescador:

> Tengo en mi poder el ensayo recogido en el Ministerio de Instrucción Pública. No hay que preocuparse pues. Voy a pedir presupuesto a la editorial que quiero haga el libro y se lo diré a Augusto Pescador, de quien he tenido carta pidiéndomelo.

En carta a Carlos Fenoll confirma que ha recogido del Ministerio el trabajo de Sijé sobre el Romanticismo y afirma:

> Yo podría hacer que lo editara Altolaguirre —puesto que me ha escrito Pescador diciéndome que habrá subscripciones para cubrir gastos de edición—, pero como él no tiene linotipia y el componer las páginas a mano resulta más caro, prescindo de él porque quiero que los padres de Pepito obtengan algún dinero.

Además, recuerda Pescador en sus memorias, esto sí, que, en el mes de mayo de 1936, da un largo paseo con Miguel Hernández, quien le contó su vida, sus aventuras y sus relaciones en el mundo intelectual:

> Me dijo que estaba satisfecho, pues podía vivir de su sueldo y era recibido en los medios intelectuales y empezaba a ser reconocido como un buen poeta. Por otra parte, Miguel, era un hombre ingenuo que empezaba a vivir y amar, lo que le hacía tener muchas ilusiones y un gran optimismo. Con él fui a casa de María Zambrano, donde había una reunión de intelectuales. Recuerdo que María habló con entusiasmo

> del desfile del 1º de mayo y de que los obreros de Madrid habían dado un ejemplo de disciplina y seriedad. También recuerdo que María nos leyó las líneas de la mano, augurándonos a ambos larga vida y mucho dinero.

Años después, en una entrevista realizada en su ciudad natal, Pescador recordaba así a Miguel Hernández en su etapa madrileña:

> Nunca dejó de ser tímido, influenciable y sentidor. Añoraba a Orihuela todos los días. Y su obsesión por el regreso era constante. En el año 1932 yo cumplía el servicio militar en Madrid. Ya era abogado. Vivía en la misma pensión con Juan y Guillermo Bellod, estudiante el primero de Derecho y el segundo de Medicina, en la calle Altamirano, en el número 25, por el barrio de Argüelles. Miguel nos visitaba casi todos los días para «respirar el ambiente de Orihuela». El no perder en Madrid el contacto con sus paisanos era vital para su ánimo[12].

En otra entrevista de las mismas fechas, añade:

> La última que le vi fue en mayo del 36 en Madrid. Miguel era ya muy amigo de Pablo Neruda. Nunca me habló de comunismo. Luego nuestras vidas se separaron y no volvimos a vernos. Miguel comenzó a ser conocido en América hacia 1947; en Chile, antes, por influencia de Neruda. A partir de 1950 su obra se desbordó por toda Hispanoamérica. Sus libros y biografías se multiplicaron. Cuando detuvieron a Miguel, que regresaba a Orihuela —uno de sus grandes amores—, en Alcalá de Henares, llevaba mi cédula personal. Miguel fue un hombre muy inquieto; de religión no hablamos nunca, y de política, nada. Yo recuerdo a Miguel con Ramón Sijé cuando me leyó éste —el poeta era muy mal recitador— *El torero más valiente*, alrededor de la higuera de su huerto, y parte de una novela que no existe y de la que nadie recuerda casi nada; se refería al ambiente del callejón de la calle de Arriba. En cuanto al auto sacramental *Quien te ha visto y quien te ve...*, se comenzó a vender en la farmacia de Alfredo Serna, que era profesor de Ciencias y gran lector y conversador: él nos introdujo en libros que no conocíamos. Hemos de acostumbrarnos a ver a Miguel Hernández como fue: limpio de corazón, hijo y padre de su obra, nítido, sin adherencias extrañas, sin contornos algodonosos, sin filias y sin fobias[13].

Augusto Pescador regresó a España y visitó Orihuela en tres ocasiones. La primera vez que pisó nuevamente tierra española fue en 1970, con motivo de unas conferencias celebradas, entre los días 6 y 12 de marzo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid y el Colegio Mayor «Jaime del Amo»[14]. La segunda, en febrero de 1972, donde a propósito de Hernández confirma[15] que, en el Hotel Palace, poco antes de la Navidad de 1931, recogieron una colecta entre los amigos —Carlos Fenoll, Juan Bellod, Sijé— y le remitieron el «aquinaldo de unos duros» (Pescador recuerda que dio 25 pesetas, y que tal vez pasasen de las ciento y un corto pico). Con ellas, Miguel Hernández, ya en la Academia Morante, pudo pagar la estancia en Madrid hasta principios de 1932. Por lo que Hernández informa a Pescador, parece que el dueño de la Academia Morante —de la que era profesor Alfredo Serna y en donde el poeta tenía una habitación— se había cansado de no cobrar y le invita a marcharse. Debe buscar otro refugio y, una vez más, como queda reflejado en carta del 6 de febrero, Hernández acude al amigo Pescador, quien le recomienda la más económica Posada del Peine (calle de Postas, 17), pero a la vista del mal aspecto y falta de higiene de la misma, después de dos noches, volvió a la calle de Navacerrada número 4, con la promesa de abonar lo que debía. En la misma carta cuenta a Sijé:«esta semana iré con Pescador a oír a García Lorca», lo que finalmente no se produjo como cuenta el propio Pescador en sus memorias y ratifica Miguel Hernández en una de sus cartas.

La última visita a Orihuela de la que tenemos constancia realizada por Pescador fue, en 1976, al regreso de un viaje a Grecia, Alemania e Inglaterra, con motivo de una investigación sobre la lógica peculiar de Galeno. Tuvo ocasión de contemplar las pinturas del Homenaje de los Pueblos de España a Miguel Hernández en el oriolano Barrio de San Isidro, restañó viejas heridas y recuperó los momentos vividos con antiguas amistades, hasta el punto de plantearse el regreso definitivo: «El año 76 intenté ver si me podía quedar en España, pero como no tenía derecho a nada por mi trabajo en el Instituto (ayudante *ad honores*) vi que tenía que continuar aquí[16]».

Esta idea no la abandonaría nunca porque, en 1985, aún escribirá:

> Tengo el proyecto de irme a vivir a España, probablemente a Alicante. Todo depende de que mi mujer pueda acompañarme, pues tiene, entre otras cosas, una diabetes que le ha afectado a los nervios y prácticamente está inmovilizada. De todos modos, pienso hacer una visita a España pronto...[17].

Las circunstancias no permitieron a Augusto Pescador su definitiva vuelta a la tierra que le vio nacer. Pero sí nos dejó el propósito que le animó a escribir sus memorias:

> Lo que intento es narrar la vida de un hombre sin ninguna importancia política en España, al que, como muchos otros, que tampoco la tenían, la guerra cambió radicalmente su vida. Además, pertenezco a la generación de intelectuales que se estaban formando al estallar la guerra. Por la guerra tuvieron que interrumpir su formación y después de la guerra rehacer su vida en otros países. En España no tuvieron ni nombre ni posición y ahora no tienen derechos en su patria, pues los derechos se adquieren y allí no adquirieron ninguno. Son los que siguen siendo los vencidos.

Quede aquí, al menos, nuestro deseo de contribuir al derecho a la memoria de un oriolano que nunca dejó de serlo.

### Alfredo Serna, «el topo»

Alfredo Serna García (Catral, 20 de diciembre de 1903 – Lleida, 25 de marzo de 1986), pasa la infancia en su pueblo natal hasta que en 1915 se traslada junto con toda su familia a Orihuela, aunque poco después comienza un azaroso periplo durante el que realiza estudios de enseñanza básica en Francia, primeros años de Bachillerato en Alicante y los últimos en Orihuela, y estudios universitarios en Madrid, Granada y Barcelona. No será hasta la finalización de los estudios de Farmacia, en 1931, cuando llegue a residir habitualmente en Orihuela. En abril del mismo año figura en la candidatura del PSOE y es elegido concejal del Ayuntamiento. Al año siguiente se establece como farmacéutico e ingresa como profesor adjunto de Ciencias en el Instituto Nacional de Enseñanza Media "Gabriel Miró", recién creado en la ciudad.

La rebotica de su farmacia se convierte en un lugar habitual de tertulia donde se ponían sobre la mesa las inquietudes políticas y culturales de algunos jóvenes de la sociedad oriolana del momento. Es en esta época cuando un reducido grupo de intelectuales lleva adelante el empeño de sacar a la luz publicaciones de ámbito local, con marcada orientación cultural y literaria. El mismo Serna llega a ser director del periódico socialista *El Porvenir*, del que lamentablemente no se ha podido localizar ejemplar alguno. Forma parte del grupo promotor de la revista *Silbo*, resultado del ambiente literario que se vivía en la Tahona de la calle de Arriba, convertida en particular Ateneo, como dice Efrén Fe-

noll, o como ha quedado para la historia en la lapidaria frase de Miguel Hernández: «En este horno se hacen versos como panes y panes como lunas». Por su parte, Jesús Poveda, en sus memorias *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-testimonio*[18], describe del siguiente modo el nacimiento de la publicación:

> Cuando ya la muerte anticipada se nos había llevado a Sijé, y Miguel Hernández estaba ya colocado en Madrid, Carlos Fenoll y yo —que nos habíamos quedado solos con la soledad de nuestras cosas íntimas— quisimos consolarnos haciendo algo que fuera positivo para nosotros, que nos devolviera el ánimo para seguir soportando aquel vacío. Y entonces echamos a volar una hoja de poesía en colores verde-azul-amarillo-rosa, que llevaría siempre trabajos inéditos de los mejores poetas de España, de lo cual se encargaría desde Madrid nuestro hermano Miguel.
> Echamos a volar esta hoja de poesía y la llamamos *SILBO*, nombre que nos sugirió el poema de Miguel, «Silbo de afirmación en la aldea» [...]
> Salió nuestro primer número de *Silbo* y se recibió con júbilo en Madrid. Miguel nos puso en contacto con Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Enrique Azcoaga, Luis Enrique Délano y Federico García Lorca. Y las viñetas serían, para todos los números, las que nos mandaba la dibujante Maruja Mallo.

Según Poveda, sólo Carlos Fenoll y él mismo se echaron «aquella tarea a cuestas», ayudándoles, como secretario, «un joven amigo amante de las buenas letras», Ramón Pérez Álvarez, que era empleado de la Oficina de Correos. «Éste cumplía la misión de enviar nuestra revista a todas partes, incluso a algunos puntos de América; además, nos puso en contacto, también, con otros muchos colaboradores, que pidieron serlo, de varias provincias de la Península. Juan Ramón Jiménez, cuando nos anunció que nos estaba mandando un trabajo suyo, lo hizo por telegrama que paseamos por toda Orihuela».

Como dibujante también contó la publicación con Francisco de Díe —autor de la cabecera— e insertó originales de Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Enrique Azcoaga, Vicente Aleixandre, Antonio Oliver Belmás, Carmen Conde, Pablo Neruda, Luis Enrique Délano, Ramón Castellanos, Justino Marín, Carlos Fenoll, Ramón Pérez Álvarez, Lucio Ballesteros y Alfredo Serna que en el número 1, página 2, publica el poema «Rutina del día».

*Silbo* —publicación mensual de cuatro páginas— se distribuía gratuitamente por bares y peluquerías de Orihuela. Solamente aparecieron dos números (el primero en mayo y el segundo en junio de 1936). La revista tenía su sede en la panadería de los Fenoll y Efrén cuenta que se repartían unos 150 ejemplares, aunque Poveda eleva la tirada a 300 «y nos costaba —afirma— doce duros de aquellos, es decir, sesenta pesetas de las buenas de entonces, que las juntábamos Carlos y yo sisando éste a veces el cajón de su hermana Josefina en la panadería para reunir su parte. Recuerdo que una de las veces se le fue la mano y me trajo ocho duros, cuarenta pesetas, en calderilla, o «morralla», como dicen en México. Envueltos en papel de estraza. Yo lo esperaba en la esquina de su casa, y de allí nos íbamos a pagar a la imprenta». Según Ramón Pérez Álvarez, *Silbo* fue financiado por Alfredo Serna, que aportaba 20 pesetas, y Carlos Fenoll, Jesús Poveda, Justino Marín y el propio Pérez Álvarez, que aportaban 10 pesetas cada uno, lo que coincide con el coste antes aludido de sesenta pesetas, aunque el reparto fuera distinto, en esta versión, al testimonio ofrecido por Efrén Fenoll. Sirva, en cualquier caso, lo anterior para poner de manifiesto el papel desempeñado por nuestro personaje en la puesta en marcha del proyecto de la efímera revista que se vio truncada por el estallido de la guerra incivil.

Junto con Alfredo Serna —que, asimismo, colaboró económicamente en el sosteni-

miento de *Voluntad*[19]— y otros, en este grupo de oriolanos de espíritus inquietos, aparece la figura de Miguel Hernández. La amistad entre ambos surge inmediatamente, de ahí los intentos de Alfredo Serna de colocarlo como dependiente en su farmacia para asegurarle unos ingresos. Pero cuando comprueba Serna la inquebrantable voluntad de Miguel Hernández por llegar a ser poeta, desde su concejalía de Cultura consigue una beca del Ayuntamiento oriolano con el propósito de sufragarle la estancia en Madrid, a través de un ruego presentado en la sesión de 3 de marzo de 1932, donde pide que

> el Ayuntamiento dentro de sus disponibilidades contribuya con alguna cantidad mensual a la estancia en Madrid de Miguel Hernández Gilabert, humilde hijo de Orihuela que, sin medios de fortuna, se ha lanzado en busca de la ilustración y conocimientos necesarios para encauzar sus naturales dotes de poeta, en la seguridad de que con ello contribuirá el Ayuntamiento al engrandecimiento de Orihuela que subirá tanto en cuanto más suban sus hijos.

A la vista de la solicitud de Serna, se acuerda por unanimidad, señalarle al poeta una pensión de cincuenta pesetas mensuales «con cargo a imprevistos». No consta si Miguel Hernández llegó a cobrar la pensión. Pero, sin duda, la solicitud presentada por Alfredo Serna a la consideración del órgano municipal correspondiente obedece al movimiento generado tras la carta de 22 de enero anterior a Sijé donde —pese a que Pescador le había entregado 30 pesetas— le pide que vea «el modo de sacarle a Oleza algo más». Insistiéndole: «¿No podrás tú ir al Ayuntamiento y ver al señor alcalde y hacer que me envíen quince o veinte duros?[20]».

Al estallar la guerra, aunque seguía militando en el PSOE, Serna se hallaba ya un poco más alejado de la política activa. No obstante, recibió el encargo de organizar en Orihuela un Hospital de Sangre, ubicado en el Convento de Capuchinos. Más tarde, al pasar este centro a la jurisdicción de las Brigadas Internacionales, también él fue transferido a esta organización, en la que permaneció hasta 1937.

Cuando se produce la ofensiva de las tropas franquistas sobre Madrid, en noviembre de 1936 llegan a Orihuela numerosos niños que habían sido evacuados de Madrid y es él quien se encarga de crear una Colonia Escolar. A esta humanitaria tarea se dedicará intensamente, creando colonias similares y quedando encargado de su inspección y atención. En 1937 solicita su ingreso en el Ejército de la República, es admitido como oficial del Cuerpo Farmacéutico y es destinado al Hospital de Ribarroja (Valencia), localidad donde le sorprende el final de la contienda y que abandona en este momento para trasladarse a Valencia. Una vez en la capital del Turia permanece escondido en casa de una hermana; le visita un amigo suyo, capitán de requetés, a quien había ayudado a salir de la cárcel, quien le aconseja que, mientras dure la represión, mantenga una vida de absoluta discreción. Mientras tanto, le es incautada su farmacia en Orihuela, pierde su plaza en el Instituto y le son bloqueadas sus cuentas corrientes.

En 1941, el auditor de Guerra de Alicante le declara en rebeldía y publica la requisitoria del procedimiento sumario de urgencia número 718, por delito de auxilio a la Rebelión, lo que implica su procesamiento por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. Ante el peligro de ser localizado, la familia Pascal de Valencia, de una forma clandestina, le sitúan en Lleida acogiéndose a la protección que le brindan unos amigos suyos. Utilizando una documentación falsa con los apellidos del familiar de una cuñada, cambió su identidad por la de «Ángel Gállegos Marín», con la que vivió durante cincuenta años. Bajo esta falsa identidad, Alfredo Serna inicia sus contactos con los leridanos a través del deporte, concretamente en la piscina del viejo campo de deportes. Sus aficiones de-

portivas le llevaron al club de natación y posteriormente a ser el director y animador de los primeros cursillos de natación. La relación que mantuvo con la juventud leridana le permitió crear amistades familiares que le introdujeron en el mundo de la enseñanza particular, su verdadera vocación. Empezó con clases —recordemos que durante su etapa madrileña ya había impartido clase en la Academia Morante, donde acogió a Miguel Hernández— en su casa de la Plaza Berenguer IV, por la que pasaron innumerables alumnos, especialmente en los años cuarenta y cincuenta, para luego incorporarse al claustro del Colegio «Monserrat» de los Hermanos Maristas, hasta su jubilación.

Como la enseñanza privada en los años cuarenta no daba más que para subsistir, da a conocer a un ayudante de Obras Públicas, que trabajaba en la reconstrucción del ferrocarril Lleida-Saint Girons —a cuyos hijos daba clase— su situación precaria y aquél le ofreció la oportunidad de obtener un sueldo seguro, ingresando en la Brigada de Conservación de dicho ferrocarril, con la categoría de administrativo, con un sueldo de 12'50 pesetas diarias. Al finalizar las obras pasó a la Confederación Hidrográfica del Ebro, siempre con su identidad falsa, hasta su jubilación forzosa, sin haber recuperado su verdadera identidad. Su titulación universitaria le permitió prestar su título a una Empresa de Distribución Farmacéutica, que le retribuía por ello con 4 000 pesetas mensuales.

La humanidad y amplia formación intelectual y musical de Serna le abrió las puertas de la Emisora E.A.J. 42- Radio Lérida, y le permitió pronunciar conferencias en el Círculo de Bellas Artes, la Asociación de Música, la Escuela de Magisterio Hermanos Maristas, el Instituto de Estudios Ilerdenses, el Colegio Menor de San Anastasio, la Acción Cultural de «La Caixa», aparte de las colaboraciones literarias, de música clásica y de jazz, en *La Mañana*, *Diario de Lérida*, *Revista Labor*, etc. Dentro de esta faceta cultural, cabe destacar su preocupación en favor del más representativo monumento leridano como es la 'Seu Vella', así como su amistad con destacados artistas leridanos y la organización de varios actos dedicados a recordar la figura de Miguel Hernández. Fue presidente de la Federación Provincial de Atletismo durante dieciocho años.

Falleció en Lérida el 25 de marzo de 1987 y en su honor se constituyó la «Asociación de Amigos de D. Ángel», como prueba del reconocimiento a la gran labor social, docente, cultural y deportiva desarrollada por Alfredo Serna García, un valedor de Miguel Hernández en sus comienzos, que no recuperó su verdadera identidad hasta su muerte.

### ...y Bellod al fondo

Juan Bellod Salmerón (Biar, 23 de octubre de 1911- Orihuela, 18 de febrero de 1991) compartió piso con Augusto Pescador durante su etapa de estudiante de Derecho en Madrid. En su juventud fue activo socialista pero terminó sumándose a la causa falangista-jonsista. Detenido tras la victoria del Frente Popular Antifascista, permaneció en el colegio de Jesús María, convertido en prisión, hasta que las gestiones realizadas por amigos que se mantuvieron fieles al Gobierno de la República consiguieron ponerlo en libertad.

Bellod fue —como Pescador— condiscípulo de Miguel Hernández en el Colegio de Santo Domingo. Le trató en Orihuela y le ayudó y compartió ratos de conversación con él en Madrid, cuando el uno concluía sus estudios universitarios y el poeta buscaba el soñado reconocimiento de los círculos literarios madrileños. Cuando tuvo noticia de que había sido detenido Miguel Hernández, lo puso en conocimiento del abogado Tomás López Galindo —otro de los miembros del consejo de redacción de la revista *El Gallo Crisis*—, en aquel momento adscrito a la Comisión de Códigos del régimen franquista

para que interviniera a favor del poeta ante el juez militar encargado del sumario.

Al término de la Guerra Civil desempeñó el cargo de Secretario Provincial de la Milicia de Falange Española Tradicionalista y de las JONS en Valencia y, el 24 de mayo de 1939, firmó un certificado a favor de Miguel Hernández, que textualmente decía:

> Que conozco desde su niñez a Miguel Hernández, hijo de Miguel y Concepción, del reemplazo de 1931, natural y vecino de Orihuela constándome ser persona de inmejorables antecedentes, generosos sentimientos y honda formación religiosa y humana, pero cuya excesiva sensibilidad y temperamento poético le ha hecho actuar atendiendo más a los dictados del apasionamiento momentáneo que de una voluntad firme y serena, y fácilmente influenciable por conocimientos y personas. Que fue redactor de la revista católica *El Gallo Crisis* que dirigía el inolvidable Ramón Sijé y en cuyo consejo de redacción figuraban el Padre Buenaventura de Puzol y el Notario que fue de Orihuela, Don José María Quílez y Sanz, ambos caídos por Dios y por España, el abogado D. Tomás López Galindo actualmente en la Secretaría de la Comisión general de Codificación, el sacerdote catedrático de Filosofía del Instituto de Orihuela Don Juan Colón y el firmante, que actuaba de secretario. Que garantizo plenamente su conducta y actuación así como su fervor patriótico y religioso que se revela, por lo demás, en la lectura de su producción literaria, singularmente en la de su magnífico Auto Sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que era* [*sic*], publicado por la revista *Cruz y Raya*, hasta el 18 de julio de 1936. Que en los primeros tiempos del Movimiento me visitó repetidas veces en la cárcel de Jesús y María en la que a la sazón me encontraba detenido, constándome que hizo cuanto estuvo en su mano para evitar que fuera «paseado». Que a partir de la fecha aludida desconozco de ciencia propia su actuación si bien, conocidos, sus antecedentes, no le creo capaz de haber intervenido en hecho alguno delictivo, estimando que su producción literaria en las publicaciones rojas obedecía a reacciones e incluso imperativos de su pasión cambiada de signo por la falaz propaganda marxista, pero a la maldad y falta de espíritu nacional y religioso que caracterizó a las fuerzas anti-España. No lo creo, pues, en lo fundamental, enemigo de nuestro Glorioso Movimiento, con cuyos principios, una vez conocidos en la reveladora verdad de nuestra Doctrina hecha actuación gloriosa, se considera identificado por su formación y por su temperamento. Y para su constancia y los efectos que al interesado convengan, extiendo el presente en Valencia a veinticuatro de mayo de mil novecientos treinta y nueve. Año de la Victoria, bajo juramento por Dios y por mi honor de ajustarse a la verdad en todas sus partes. Juan Bellod Salmerón (rubricado).

Bellod fue concejal del Ayuntamiento de Orihuela al comienzo de los años cuarenta y se dedicó al ejercicio de la abogacía.

Lo hemos dejado para el final, quizás porque su tránsito del juvenil ímpetu socialista inicial al fogoso falangismo cuando se produjo la guerra, lo ha hecho aparecer siempre en un injusto papel secundario dentro del mundo hernandiano. Pero habrá que terminar reconociendo —como algunos críticos empiezan a reconocer ya con el paso del tiempo— que si la amistad con el poeta había quedado atrás perdida en los avatares del conflicto entre hermanos, la generosidad y la valentía rayana en el perjurio que demostró al avalarle sin paliativos -corría mayo de 1939-, jurando incluso «por Dios y por su honor» que el aval se ajustaba a la verdad en todas sus partes.

Y, con la distancia de los años, escribía Bellod sobre Miguel Hernández en el diario *Información*[21], comentando emocionadamente una vieja foto de 1923, en la que aparecían ambos junto a otros alumnos del Colegio de Santo Domingo en la Promulgación de Dig-

nidades, donde Miguel Hernández fue condecorado por sus excelentes notas:

> Ya era entonces el embrión de todo lo que fue; aunque el destino no le diera tiempo para realizarse por entero. No pudo, si no durante corto plazo, cursar estudios, pero ¡cómo lució en todo momento su clara inteligencia, sus sobrehumanas intuiciones, su incomparable y estremecedora humanidad!
> Románticamente, se ha recreado y deformado en cierto modo la leyenda del cabrero. Lo fue en efecto. Pero esos años iniciales del colegio de los jesuitas en los que compartimos aulas y sacristía, dejaron impronta indeleble en su personalidad, luego orientada, en esenciales culturas, por el genio de Sijé.
> [...] Poeta nato, en casi cósmica tensión de sensibilidades exacerbadas, había de vibrar y producir sus apasionados gritos o lamentos, según los vientos que le agitaran en la circunstancia fatal en la que hubiere de sentirse inmerso.
> Pero —con ojos y oídos limpios— es fácil descubrir en todo caso un mismo viento en la voz y una misma raíz en la humana entraña de su sentimiento.
> Tratando de envilecerle, le hicieron bandera de banderías. ¡Cuánto se le ha desvirtuado y desconocido —con contrapuesto sino— por una y otra parte!

En definitiva, la amistad de Augusto Pescador, Alfredo Serna y Juan Bellod con su paisano Miguel Hernández prevaleció por encima de diferencias ideológicas o de cualquier otra clase. Y es que la niñez en Santo Domingo en unos casos y, sobre todo, la adolescencia compartida con inquietudes culturales y afanes comunes, si bien disímiles, por hacer de Orihuela una ciudad más próspera y más justa, los unieron en un mismo sentimiento que el viento de la guerra no pudo quebrar ni variar, y buena prueba de ello son los esfuerzos de todos ellos por mantener incólumne, invariable, el recuerdo del amigo Miguel Hernández y de difundirlo, y en el caso de Juan Bellod, arriesgar una cómoda posición social y política por ayudar a su amigo y paisano al término de la guerra. Una generación, en resumen, que antepuso valores como la amistad y los sueños de juventud y que, parafraseando a Antonio Machado y Jorge Guillén, supo estar a la altura de las circunstancias.

## NOTAS

1.– *Acción*, 41 (30-XII-1935), p. 1.

2.– Sábado, 17 de enero de 1981.

3.– Se refiere, obviamente, al fundador de la saga de los «Ramonet».

4.– A. Peñalver García, «La relación de amistad entre Augusto Pescador y Miguel Hernández», *El Eco Hernandiano*, edición digital, 19, Fundación Cultural Miguel Hernández. http://www.elecohernandiano.com/numero_19/recuerdo/relacion.html [Consulta: 08-10-2010].

5.– Carta de fecha 26-I-1984 dirigida a Ramón Pérez Álvarez. Biblioteca Pública Provincial «Fernando de Loazes» de Orihuela (Legado de Ramón Pérez Álvarez).

6.– Fue convocado un concurso para erigir un busto y se resolvió a favor de la propuesta del escultor murciano José Séiquer Zanón. El acto tuvo lugar en la Glorieta oriolana el 2 de octubre de 1932.

7.– Se refiere a Alfredo Serna García.

8.– Miguel estaba en la Academia Morante, de la que era profesor su también amigo de Orihuela Alfredo Serna, realizando unas funciones asimiladas a las de portero, para completar el pago del hospedaje en una habitación.

9.– En la misma carta hay una postdata firmada por Bellod que dice: «Querido amigo: Vi y leí tu artículo que

*El Sol* publicó con los honores que mereces. Te felicito cordialmente y te envía un abrazo tu amigo Juan Bellod».

10.–Carta de fecha 19-III-1932. Archivo Fundación Cultural Miguel Hernández, Fondo Ramón Sijé.

11.–Al final de la carta hay una nota a lápiz que dice: «Mira a César Augusto de general», y sigue: «No cortarle la guerrera».

12.–«Intimidades y grandezas de Miguel Hernández contadas por un amigo de la infancia: Augusto Pescador», *Hoja del Lunes de Alicante* (10-I-1977), p. 10, entrevista de Joaquín Ezcurra Alonso.

13.–«Homenaje mudo a Miguel Hernández en Orihuela», *Sábado Gráfico*, 992 (2/8-VI-1976), reportaje de Alfonso Lavandeira.

14.–Los títulos fueron: «La importancia de lo inútil», «Galileo y los orígenes del pensamiento epistemológico», «El problema del deber y el del valor en Nicolai Hartmann» y «Fundamentos ópticos de la lógica».

15.–F. Martínez Marín, , *Yo, Miguel*, Orihuela, Fénix, 1972, p. 76.

16.–Carta fechada en Concepción (Chile) el l0-III-1984, dirigida a Ramón Pérez Álvarez. Biblioteca Pública Provincial «Fernando de Loazes» de Orihuela. Pescador habla también de sus preocupaciones como consecuencia de los problemas de salud de su mujer, así como de una operación de cáncer de pulmón a que se sometió él en 1983.

17.–Carta a José Muñoz Garrigós, fechada en Concepción (Chile) el 8-II-1985. Biblioteca Provincial «Fernando de Loazes», Orihuela. Legado Ramón Pérez Álvarez.

18.–México, Ed. Oasis, 1975, pp. 81-82.

19.–Revista literaria quincenal. Se publicaron trece números entre marzo y agosto de 1930. La publicación estuvo dirigida por Manuel Martínez Fabregat y su sede social se encontraba en la antigua calle de Luis Barcala, número 32. Era redactor jefe Ramón Sijé y figuraban entre sus colaboradores principales Miguel Hernández, Carlos Fenoll, Jesús Poveda, Álvaro Botella, Antonio Estevan, Abelardo L. Teruel, López Maymón, Luis Almarcha y José Balaguer. Jesús Poveda publicó hasta el número 4, presentando la dimisión por diferencias de criterio con Ramón Sijé. Se imprimía en la imprenta de La Beneficencia y el precio de venta era de 0'75 pesetas.

20.–Sijé llega a redactar un escrito con el membrete de la revista *Voluntad* (cuyos firmantes se desconocen), cuyo texto es el siguiente: «Al excelentísimo Ayuntamiento de Orihuela. Los que suscriben, amantes de las cosas y valores oriolanos, tienen el honor de proponer, a este dignísimo Ayuntamiento, la siguiente proposición: Marchando a Madrid para lograr su plena preparación y depuración estéticas, el poeta oriolano Miguel Hernández, y siendo escasísimos sus medios económicos, Solicitamos en nombre de todas las clases sociales de Orihuela, una modesta pensión —pues bien sabemos que en estos tiempos difíciles sólo a eso se puede aspirar— que le sirva de ayuda en la vida de estudio y trabajo de Madrid.

›Del sólido valor intelectual que es Miguel Hernández es prueba patente la crítica elogiosa, alentadora y entusiasta con la que Ernesto Giménez Caballero, el Robinsón Literario de España, saludó al poeta oriolano, desde su *Gaceta Literaria*.

›También la conocida revista *Estampa* publicó un trabajo, suscrito por firma de tanta solvencia como la de Francisco Martínez Corbalán, que terminaba, por cierto, solicitando de este excelentísimo Ayuntamiento y de la Diputación alicantina, una pensión para el delicado poeta Miguel Hernández.

›Únase a estos laudatorios juicios el que Miguel Hernández haya sido hasta hace poco un obrero manual, lo que nos hace esperar la concesión de lo solicitado por nosotros, pues la República de trabajadores española debe proteger y levantar —y así lo han proclamado algunos de sus hombres más representativos— al que vale, salga de donde salga. Ocasión se presenta ahora, a este excelentísimo Ayuntamiento, para cumplir un fuerte imperativo de la democracia republicana: elevación de un obrero a la sagrada categoría de gran poeta.

›En Orihuela a....».

21.–28-III-1968, p. 12.